

brememente y ventilar las piernas. Este pantalón se sujeta al talle con un cinturón de seda con listas de oro, cuyos cabos cuelgan por detrás. Su camisa, con pechera y puños, es de una tela finísima, blanca como la nieve; su calzado es de piel de cabrito, en forma de botinas, escotadas por dentro para impedir que el calor se concentre en ellas, y armadas de dobles espuelas, con estrellas de dos pulgadas y media de diámetro, que cuidan de quitarse así que bajan del caballo. Su sombrero es de fieltro negro ó gris, con grandes alas, ribeteado con galones de oro ó plata, y adornado con una *toquilla* del mismo metal. En fin, un machete colgado á la cintura, completa este traje, cuya riqueza varía según las personas.

En cuanto á los indios de los climas ardientes, su traje es el mas sencillo posible: se compone de unos calzones de tela y un sombrero de hojas de palmera. Las mujeres se envuelven en una tela de algodón, desde la cintura hasta las rodillas, y cuando salen del pueblo se cubren la espalda y el pecho con un pedazo de la misma tela, por medio del cual pasan la cabeza. Esta última parte del traje, se llama *huepil*. La limpieza más grande reina entre los habitantes de estas costas; todas las partes de su traje las lavan con frecuencia. Las mujeres se bañan por lo menos una vez al día, se jabonan la cabeza y el cuerpo, y despues tejen sus cabellos, suavizándolos y lustrándolos por medio de aceite que sacan de la almendra del mamey.

XXVIII.

Indios. — Trajes. — Precocidad. — Vegetacion. — Fieras. —
Producciones.

Se hallan en la costa de Méjico indios de pura raza, mestizos, negros y zambros, nombre que se dá á la mezcla de las razas india y africana. Los indios son de carácter dulce y costumbres sencillas; los demás son astutos y llenos de vicios. Los mestizos y los zambros tienen la imaginacion mas clara que los indígenas de los climas ardientes; así es que todos serian felices, si no estuvieran dominados por la pasión del juego.

El traje de estos indios es original. Encima de unos calzoncillos de tela de Pontivy, que bajan hasta media pierna, llevan un pantalón de terciopelo de la misma longitud bordado de oro ó plata, y abierto por los lados, á partir de encima de la rodilla, de modo que los calzoncillos puedan flotar li-

Se cuentan en la provincia de Goatzacoalco muchas aldeas de indios de pura raza, y que no conocen otra lengua que la de los aztecas. Algunos, designados por los criollos bajo el nombre de *gente de raxon*, hablan español, y sirven de intérpretes. Los viajeros sufren grandes molestias en medio de estas poblaciones indígenas, si el intérprete no se encuentra allí. Al llegar á una aldea de indios, usando de un derecho que se les concede, van á alojarse á la casa municipal, donde el alcalde se encarga de enviarles dos *topiles*, es decir, dos personas que, mediante una ligera retribucion, cuidan los caballos y preparan la cena. Esta casa, no se compone mas que de una pieza amueblada con una mesa y un banco, que es la oficina del alcalde; de modo que tienen precision de acostarse en el suelo, si no han tenido la precaucion de llevar consigo una cama.

Los habitantes de Altipan, aldea antiquísima, son de raza sin mezcla, como tambien los de Consoliacac. Esta es, segun la tradicion del pais, la patria de la famosa india doña Marina. Clavigero dice que habia nacido en Páinala, aldea de la provincia de Goatzacoalco; pero las indagaciones que algunos han hecho, no han dado por resultado que existiese, ó hubiese existido, una aldea de este nombre. En otra historia de Méjico se lee que era de Huilotla. Tampoco se conoce este punto; pero existe cerca de Acayucan la aldea de Holuta ú Oluta, conocida por ser muy antigua y haber sido poderosa; este

Holuta es quizá el punto que se ha querido designar. Nonostante, con razon ó sin ella, Altipan reivindica el honor de haber dado á luz á esta mujer, cuyo genio abrió á Cortés el camino de Méjico.

Las mujeres de esta aldea justifican su antigua reputacion de hermosas. Entre las indias es donde se hallan las formas mas perfectas. Además, su traje es muy á propósito para hacerlas resaltar, por que la única parte de su cuerpo que cubre, vá ceñida.

En estas ardientes regiones, la naturaleza es precoz. Las jóvenes de trece á catorce años parecen tener diez y ocho ó veinte, y su belleza pasa tambien muy pronto; así es que rara vez sobrevive á la edad de veinte y cinco años. Aunque los jóvenes se desarrollen mas lentamente, no es raro, sin embargo, encontrar un muchacho de catorce ó quince años, ya padre de familia! Y aun sucede muy á menudo que un padre case á su hijo antes de la pubertad, y se arrogue sobre la joven esposa, derechos que el muchacho no piensa todavia en disputar.

La inmoralidad llega á su colmo en todas las aldeas de Goatzacoalco, y sobre todo en Altipan. Aquí todo está invertido, todos los deberes ignorados; un hijo y su madre, un padre y su hija, un hermano y su hermana, tienen entre sí uniones incestuosas, y hacen un cambio escandaloso de sus mas sagrados deberes. El amor, sin embargo, el verdadero amor les es desconocido. Los dos sexos no son atraídos el uno hácia el otro, sino por el atractivo

de un placer puramente egoista, y permanecen indiferentes el uno al otro así que se separan.

En las habitaciones de los indios, además de los utensilios de cocina, el mobiliario no se compone de otra cosa que de una estera de junco, que sirve de cama, una mesa y sillas. Si se añade á esto un cántaro, algunas tazas de calabaza, y una imagen ahumada de la Virgen ó de algun santo, se tendrá el inventario de lo que se puede encontrar en casa de un indio de las provincias interiores.

No hay en casa del indio de los climas ardientes mas que una hamaca, donde se columpia mientras que su mujer se esfuerza, antes de cada comida, en hacer la torta, trabajo que la ocupa una gran parte del dia. Pero este es mucho mas dichoso que el indio de las provincias elevadas: este último lleva una vida de privaciones continuas, mientras que el otro goza sin trabajar de las dulzuras de la vegetacion. Así es que, á medida que uno se aleja de las costas, se nota un cambio notable en la clase de los indios; cuanto mas se eleva uno, mas desaseados se presentan, y se concluye por no ver sino andrajos tan sucios que repugnan. Las mujeres, jóvenes ó viejas, horrorizan por lo llenas que están de miseria, y en vano se buscaria alguna gracia en sus degradados rostros.

El Goatzacoalco es un río hermoso, pero su curso es de poca estension. Nace en las desconocidas soledades de las cordilleras, y el punto mas lejano á donde se llega subiéndole, dista de la aldea de

Santa María Chimalapa unas veinte y cinco leguas al noroeste de Tehuantepec. Allí se le dá al río el nombre de Rio del Corte, porque los conquistadores embarcaban en él sobre balsas, los palos para mástiles, que antiguamente iban á cortar á las selvas de Tarifa para los astilleros de la Habana.

El Goatzacoalco recoge numerosos afluentes que aumentan progresivamente el caudal de sus aguas. En la primera mitad de su curso, presenta con frecuencia corrientes rápidas, que hacen la navegacion muy penosa; pero á partir de Mal Paso, á cuarenta leguas próximamente de la barra, se hace fácil, no solo para piraguas, sino aun para embarcaciones que calen varios piés de agua. Los buques mayores pueden subir hasta el Coachapa, es decir, á doce leguas de la embocadura. La anchura de su cauce varía por lo general de ciento á ciento cincuenta metros; algunas veces toma una estension cuatro ó cinco veces mayor. En la estacion de las lluvias, las aguas que invaden el dominio de las selvas, desarraigan los árboles y los dejan á la orilla, ó bien los arrastran hasta el mar.

El puerto de Goatzacoalco es seguro; su concha es espaciosa, y no lejos de allí se hallan, subiendo el río, profundas lagunas, donde centenares de buques encontrarían abrigo contra el norte mas furioso. La barra es mejor que la de los demás rios de Méjico, porque su posicion es fija, y jamás está obstruida por arenas movedizas. Tiene de doce á catorce piés de profundidad, y es por lo tanto accesi-

ble á los buques cuyo calado no esceda de esta dimension. Si ha sido temida por los marinos que dirigian las expediciones, es porque la mala fé de los prácticos habia hecho creer en peligros imaginarios.

En Mal Paso, el rio se halla encajonado en un cauce de piedra. Además, derramado por cada lado en las llanuras, sus aguas corren por una pendiente desigual á través de peñascos é islotes, que hacen muy peligrosas las corrientes. Allí, el marinero tiene que luchar contra los remolinos y la irregularidad del cauce, que presenta sucesivamente estensas cascadas, y vados donde falta agua para mantener á flote una piragua cargada.

Los caimanes se encuentran en gran número en Goatzacoalco, pero no son muy peligrosos, con pocas precauciones que se tomen.

La longitud ordinaria de este anfibio, les de ocho á diez piés, pero los hay mucho mayores.

Cuando los primeros colonos alcanzaron la concesion, encontraron cinco ó seis lugarillos de indigenas escalonados sobre el rio. Habian sido enviados allí de las diferentes aldeas de los alrededores, para poner en ejecucion el proyecto de colonizacion del gobierno; pero poco á poco abandonaron sus nuevas viviendas, para volver á las antiguas, no pudiendo soportar el tormento de los mosquitos.

Sin embargo, los indios de Minatitlan, Altipan y otras aldeas van allí á plantar maíz, caña de azúcar y bananos, de que no vuelven á ocuparse hasta

la época de la recoleccion. Allí es donde cortan los árboles de que construyen sus piraguas, que comunmente tienen cincuenta piés de largo, y las tablas de cedro, que venden á los criollos. No emplean otra herramienta que el hacha, de modo que de cada árbol no pueden sacar sino una tabla.

De la barra á Almagro, la vegetacion solo es pintoresca; pero remontando el rio, se la vé en todo su esplendor. En Mal Paso es verdaderamente magnífica. A cada lado del rio se estienden selvas vírgenes de árboles gigantescos, cuyas ramas no empiezan comunmente hasta los cincuenta piés del suelo, y forman una cúpula de verdura, impenetrable á los rayos del sol. El ceiba de espeso follaje, las palmeras de esbelto y magestuoso tronco, el dragonero con manchas de sangre, el fragante cedrelo, el liquidámbar con resina perfumada, el guayaco de madera dura, la pasionaria de flexibles ramas, el coapinol con goma dorada, todos estos árboles y otros muchos buscan el sol y se lanzan á porfia al encuentro de sus rayos, á quien deben su vigor y su belleza. La sombra proyectada por sus espesas copas, priva al suelo de cualquier otra vegetacion, de modo que podrian recorrerse en carruaje vastos espacios, en que la vista se pierde al internarse en sus profundidades tenebrosas. El viajero que desde la orilla contemple este cuadro viviente de una naturaleza virgen, no puede prescindir de un sentimiento de terror religioso, que le revela por qué los druidas habian colocado el san-